

Un hidalgo burgalés en en la guerra de la Independencia

En 1845 un hidalgo burgalés visita la Corte. Fray Valentín de la Cruz ha reproducido en el número 177 de este Boletín, el relato que el protagonista dejó manuscrito con «letra decimonona, con caligrafía rápida y recargada y ortografía que no se ajusta a leyes fijas».

Don Francisco Ruiz de Salazar fue a Madrid para abrazar a su hijo Domingo y a su hermano menor, Manuel Aniceto, con el que aquél vivía. No era la primera visita a la capital del Reino. Antes, en 1814, estuvo también en ella.

Fray Valentín, con esa perspicacia que le caracteriza, supone que por causa de la terminación de la guerra de la Independencia, en la que Francisco Ruiz de Salazar debió tomar parte.

En efecto, por eso fue. En la guerra de la Independencia estuvo el hidalgo burgalés. Y un hermano suyo. El menor de todos, Manuel Aniceto, médico más tarde en Madrid, que también dejaría unos apuntes para su biografía, lo cuenta así:

«Aún no había cumplidos tres años, cuando entre el estampido del cañón y el fragor de las armas, ví a mis hermanos mayores que, puestos de hinojos y rodeados de otros cinco menores, recibían de sus padres una solemne bendición y con ella el santo mando de ir a pelear como buenos, por su Patria, Rey y Religión».

Que no debieron ir forzados por el reclutamiento, lo demuestra ese «santo mando» paterno, así como las represalias que, meses después de la narrada escena, cometieron las tropas de Napoleón, en casa de los Ruiz de Salazar.

«Aún me parece estar viendo —recuerda D. Manuel Anice-

to en 1870— mi casa natal rodeada de dragones imperiales y que al huir desolado sobre su caballo el autor de mis días, sonó una descarga que, si afortunadamente dejaba incólume su preciosa vida, privaba de los sentidos a mi cariñosa madre, que conmigo en los brazos, cayó al suelo, recibiendo luego de los franceses, solícitas atenciones; y yo, pequeñuelo de tres años, me deshacía en llanto encontrándome en los brazos de un afa-ble oficial, cuya fisonomía quedó tan grabada en mi memoria y me representa tan al vivo mi imaginación, que me parece estarle viendo todavía.

«Saqueada luego la casa de mis padres, desocupados sus trajes, muertos sus ganados y entregado al fuego todo cuanto no podían utilizar, aquellos asesinos del dos de Mayo —pero vencidos en Bailén, Zaragoza, y Arapiles— se retiraron con el botín de más de ocho arrobas de plata labrada, muchísimas ropas de todos géneros y cuanto para ellos creyeron utilizable...».

«El despojo que los franceses hicieron de la casa de mis padres, alcanzó a la vez a todos los parientes de Villarcayo y a la poderosa casa de los Linares, unos primos, y también a la de los sobrinos carnales de mis padres, los Sarabia, que se encontraban en el mismo conflicto».

Es de hacer notar que, al revés que en los casos de El Empecinado o el Cura Merino y otros guerrilleros, que se lanzan al camino contra los franceses, por injurias previas recibidas de ellos, en el caso de nuestra familia de las merindades, son los invasores los que toman represalias, por haberse alistado a la facción varios de los miembros de los Ruiz de Salazar.

En febrero de 1814 muere el cabeza de esta dinastía y aún no han regresado al hogar los hermanos mayores, como se desprende de las manifestaciones de D. Manuel Aniceto:

«El inesperado y prematuro fallecimiento de mi amado padre, a la edad de 55 años —ocurrido en febrero de 1814—, hirió tan profundamente a mi corazón, cuando apenas había cumplido seis años, fue tal la tristeza y el abatimiento que se apoderó de mi espíritu, al contemplarme sin mi amado padre, y al ver las lágrimas de mi excelente madre y de mis hermanos, que caí en el estado más lamentable y fue preciso para salvar mi vida, que mi desconsolada madre me trasladase a un pueblecito inmediato (en nota se indica que se trata de Quintana de Oveda, a media legua de Villarcayo) en casa de una hermana suya, proporcionándome todos aquellos medios de distracción

y esparcimiento, acomodados a mi tierna edad; pero todo fue en vano; porque viendo creciente mi tristeza resolvieron de consumo, mi tía y mi madre, que se me volviese entre mis hermanos Juana, Antonio, María y José que rodeaban a mi madre en su desconsolada situación y gemía, no sólo por la pérdida irreparable de acababa de herir mi corazón, sino también por los continuos terrores y sobresaltos que le hacían experimentar los azares de la guerra en que peleaban mis dos hermanos mayores, Francisco y Ramón».

Sobran citas, como se ve, para confirmar la suposición de Fray Valentín de la Cruz, sobre la posible parte activa de Francisco Ruiz de Salazar, el hidalgo burgalés del pueblecito de Villarcayo, en la guerra de la Independencia. Acontecimiento que tan directamente afectó a la familia, difícilmente podía olvidársele al pequeño Manuel Aniceto, cuando, creciendo en años, sin haber llegado aún a las diez, recordará de ellos, sesenta después:

«Mi tema bligado para mi tío (el tío Manuel, hermano del padre, que vivía en la casa contigua) consistía en demandarle noticias de mis abuelos y oír sus anécdotas y hechos notables de los principales personajes de la familia y de las hazañas que mis hermanos y mis dos primos, hijos suyos, acometieron en la guerra contra los franceses».

Nos consta, pues, que los Ruiz de Salazar, aparte los parientes de Villarcayo, dieron a la patria, para su defensa, no menos de cuatro individuos, sin salir del viejo solar que fundaran sus antepasados.

Como colofón de todos los párrafos transcriptos, reproducimos este último sobre el mismo tema, entresacado, como los anteriores, de los mismos apuntes del médico y académico de la Corte:

«Terminada la guerra de la Independencia, volvieron de aquella sangrienta lucha mis dos hermanos Francisco y Ramón; mi madre experimentó el placer de volver a abrazar a sus dos hijos, rodeada de todos siete; pero se vio de día en día más abrumada, no sólo por el hondo pesar de la viudez y de la escasez de recursos a que se había reducido la casa, sino por la apremiante situación en que se vio envuelta sucesivamente, con motivo de los matrimonios de mis cuatro hermanos mayores, en el breve transcurso de poco más de dos años».

Quiero ofrecer estas notas a Fray Valentín de la Cruz, pa-

ra completar su artículo «Madrid visto por un hidalgo burgalés en 1845». Es para mí un deber resaltar la intuición del padre carmelita, al suponer la presencia de don Francisco Ruiz de Salazar en la guerra de la Independencia. Si bien don Manuel Aniceto no concreta en su manuscrito la fecha exacta de la vuelta al hogar, de sus dos hermanos mayores, la sabemos por las averiguaciones que reseña Fray Valentín, en el artículo que hemos pretendido completar.

UN PUEBLO BURGALES EN 1814

Recostado en la suave falda del monte de Peña del Gallo y la Pedrera, languidece el pueblo de Salazar. En él muere el caminejo que arranca de Cigüenza, la vieja Segontia Paramíca romana.

Dos caballeros navarros llegaron allí y aposentaron sus reales, mirando hacia Medina de Pomar. Ya eran castellanos viejos, cuando todavía Fernán González era un niño. En efecto, dicese que a éste le crió «un cavallero bueno, que era ya viejo de edad e non pudo usar armas como cumplía; e el cavallero era muy sesudo e de muy buenas maneras, e así, como él era muy bueno, así mostró al conde Fernán González todo aquello que le cumplía facer». Se cuenta que este buen viejo, de estirpe rancia en la Merindad de Castilla, fue Martín González de Salazar, quien cuidó del futuro conde cuando éste apenas podía tensar el arco en la ballesta y necesitaba las dos manos para alzar la espada varios palmos.

Las guerras intestinas entre los Ruiz de Salazar, descendientes de los primeros Salazar navarros, y los Fernández de Velasco, que les disputaban la llanada de Villarcayo, desolaron al cabo de los siglos, aquel rincón de la merindad.

Bustamante Bricio, en «Noticia Histórico Corográfica del M. N. y R. Valle de Mena», nos dice que «habiendo seguido los Velascos el partido de don Enrique contra el Rey don Pedro, arribó uno de ellos a la privanza de los Reyes; y aprovechándose de tan buena coyuntura, sin olvidarse de las victorias que

sobre su familia había conseguido la de los Salazar, en sus reñidos bandos y continuadas guerras o disensiones, logró destruir en este país y en otros, veinte y ocho casas fuertes de los expresados Salazares, quienes habían seguido el partido de don Pedro su Rey legítimo, sin embargo del vicio y de su crueldad». (Manuscritos sobre el Valle de Mena en el Valle de Mena en el siglo XVIII. «Boletín de la Institución Fernán González», número 177).

En 1870, un médico de la Corte, salazareño y descendiente de los fundadores del pueblo patronímico, recuerda su aldea y la de sus mayores, con cariño y deseo de volverla a engrandecer en su familia. Nos describe sus iglesias, sus torres, sus escudos y sus enterramientos. Vemos su campo, la vega y el monte. Hasta un regaterillo de agua, ya seco hoy, que pasaba por detrás de Salazar a la vera casi del viejo caserón, donde nació el autor del manuscrito que vamos a manejar. Pero no nos detendremos en piedras ni blasones sino en la vida de sus habitantes allá por los años de 1814, en un día de domingo o de fiesta.

Don Manuel Aniceto Ruiz de Salazar, en los apuntes que legó a sus hijos José Manuel y Emilio, da detalles simpatísimos de su infancia en el pueblo, del que salió a los 18 años. A través de aquellos, puede reconstruirse una jornada festiva, según la época litúrgica, en el pequeño pueblo de Salazar, a dos leguas cortas de Villarcayo, en los comienzos del siglo XIX.

El afamado galeno recuerda: «Los domingos y días de fiesta, ayudaba a misa al salir el sol, en la iglesia de Santa María de la Guía, llamada también del Cristo, y tomando después un ligero almuerzo, cuidaba mi madre de que todos nos lavásemos y peinásemos y nos mudásemos de camisa, vistiéndonos la ropa de día de fiesta; en tal estado salía yo de mi casa contento como unas pascuas; me juntaba con los demás muchachos, llevando entre ellos la iniciativa con ocurrencia y disposiciones algo extrañas para ellos y generalmente chocantes para la gente madura, que observaba nuestros corrillos y distracciones; por lo cual solía designármeme como inventor de hábiles travesuras y poseedor de facultades, que no eran muy comunes a mis contemporáneos a cuyos juegos y tendencias no me subordinaba sin alguna violencia».

«A las diez y media daba principio la misa mayor, en la parroquia de San Esteban, procurando yo apoderarme los más

de los días, de alguno de los oficios de monaguillo. Ayudaba a revestir al señor Cura, servía las vinajeras o el misal, o el incensario, en los días de primera clase, siendo el móvil de tan incesante actividad, ya natural afición, ya el interés de algunos cuartos conque después de los responsos me gratificaba el celebrante, los cuales me servían para jugar a la tuta después del rosario, por la tarde».

«A las dos de la tarde, en tales días, se congregaba el pueblo en el soportal de la iglesia, invirtiendo uno de los señores Curas, que estaba de semana, hora y media en preguntar la doctrina a los jóvenes de ambos sexos y rezar el rosario, después de lo cual el pueblo se fraccionaba entre el juego de los bolos para los hombres; los muchachos se entregaban a sus distracciones, las mozas y algunos mozos alegres armaban su baile al aire libre; las jamonas jugaban un truqui-flor y las más entradas en edad y las ancianas, sentadas en cara-sol, en los días frios, o a la sombra en los calurosos, se despepitaban en ruidosa algarabía, refiriéndose recíprocamente las habilidades de sus hijos, las gracias de sus nietos, las esperanzas de sus cosechas, el número de sus corderos o criticaban los amores de la moza más pispoleta y remilgada; lo cual si bien no era digno de aplauso, servía sin embargo de admirable correctivo para cuantas tributaban respeto a la poderosa y tiránica frase ¡qué dirán!».

«Así se solazaba alegre y sencillamente aquel pueblo morigerado y laborioso; menos durante la cuaresma en que no se consentía el baile hasta que llegaba el primer día de Pascua, día de regocijo, de prácticas y costumbres que jamás se borrarán de mi memoria. El Sábado Santo, a media noche, engalanaban los mozos todas las cruces del calvario, extendidas desde un extremo a otro del pueblo, con ramos de flores y al día siguiente, Domingo de Resurrección, cuando el sol empezaba a dorar con sus rayos de púrpura las altas cumbres y los pétalos de los floridos frutales de aquella hermosa vega abrían su cáliz ostentando temblorosos las perlas del rocío, revestidos los sacerdotes, uno en la iglesia de abajo y en la de arriba otro, echaban las campanas a vuelo y salían cada uno con la mitad de su pueblo, cantando la letanía. La procesión de la iglesia de abajo conducía entre sus pendones, estandarte y cruz parroquial, la efigie del Señor Resucitado; y la Iglesia de arriba, como en triunfo, la imagen de la Virgen, vestida de gala. Encon-

trábanse las dos procesiones en el campo llamado la era del Condestable y reuniendo a la Madre con el Hijo, y juntándose los coros de ambas procesiones, entonaban con el mayor fervor el «Regina Coeli Letare», y mientras los ecos repetían por los aires el ¡aleluya!, ¡aleluya!, una sección de mozos armados disparaban por intervalos sus escopetas, cuyos estruendos repetían los ecos de las vecinas cordilleras, juntamente con el sonido de las campanas».

«Las comitivas entraban en la iglesia de arriba y se celebraba la misa».

«Mañanas solemnes y llenas de unción y regocijo para aquellos en quienes ardía viva la llama de la fe. Ya pasasteis a la eternidad, pero allá donde marcháis, rodando en el círculo de los siglos, allá os dirijo mi saludo con toda la efusión y ternura que siente mi corazón al recordaros, porque en vuestra celebración saltaba yo de gozo y tomaba la mayor parte. Yo hacía vibrar mi débil garganta, formando parte de aquellos coros, que saludaban alborozados la Resurrección del Señor, con repetidas aleluyas, y yo fui constantemente uno de los que cantaban aquella misa de flores, entregándome después, al esparcimiento de las danzas y diversiones, en nombre del Señor y de su Santísima Madre, deseoso de resucitar también a mejor vida».

«De este modo se celebraba la Pascua en aquel pueblo en que se deslizaron mis tiernos años y pasaron mis juegos infantiles, y se imprimieron en mi corazón los sólidos fundamentos que han servido de pedestal a mi razón y a mi comportamiento».

«En los días de Cuaresma, se congregaba el pueblo en el templo, al anochecer, y se rezaba el Rosario; y como se cantase al final una preciosa salve en verso, así como en la novena de san José se cantaban también los gozos del santo, yo era constantemente quien se apoderaba de entonarlos, y cuidaba de hacer lo mismo con los versos de la pasión, cuando el pueblo salía los domingos de buen tiempo, en la cuaresma, a rezar el calvario o vía-crucis, por las cruces o estaciones colocadas en toda la longitud del pueblo, o sea desde una a otra Iglesia y, por último, cuando llegaba la función de los niños de la escuela y yo tenía respectivamente 10 y 11 años, ponía todos mis sentidos por salir victorioso y conseguir en el primer caso dividir la cresta del gallo con la espada; y en el segundo, valién-

dome de mi agilidad y travesura cogi el gallo hasta tres veces, consiguiendo ser yo a los 10 años el que llevaba el gallo a la punta de mi lanza, exornada con lazos y cintas de colores; y a los once, el privilegiado Rey, que lleva la bandera del Víctor, en un largo mástil, engalanado todo admirablemente (para mi entonces), en todo lo cual se esmeraba gozosa, mi pobre madre, recibiendo a la vez mil plácemes y enhorabuenas de todas las vecinas y de las personas más notables del pueblo, mientras que yo, enarbolando aquella distinguida enseña, guiaba a todos mis condiscípulos por la calle, pidiendo para la función y entonaba los cantares que, al efecto, nos había compuesto el maestro».

Así transcurrían los domingos y fiestas, en cuaresma y fuera de ella, en el pueblo de Salazar que ahora languidece recostado en la suave falda del monte de Peña del Gallo y la Pedrera.

Ha transcurrido desde entonces, más de siglo y medio.

Agustín ARNAIZ